

Iris Murdoch: Una reflexión moral sobre el arte y la literatura¹

Oscar L. González Castán

Según la psicología moral de Iris Murdoch no hay ninguna diferencia esencial entre el arte (el buen arte) y la moral. Ambas actividades exigen del individuo una disciplina que está encaminada a desembarazarse de las distorsiones que nuestra imaginación produce en la realidad. La imaginación, puesta al servicio del egoísmo y la autoconsolación, impide todo progreso hacia la objetividad y el bien tanto en el arte como en la moral. Un obstáculo en este progreso, además del egoísmo, es la opacidad de los seres humanos. Según Murdoch, el arte y, sobre todo, la literatura tienen la función primordial de retratar la situaciones humanas de un manera que haga de la lectura una actividad no sólo estética, sino también cognoscitiva.

We are required to be good men, not geniuses.
(Murdoch 1986, 84)

En los últimos dos años, los medios de comunicación en España han hablado mucho acerca de los cambios en el sistema educativo de las enseñanzas medias, y aún más han hablado sobre esta cuestión los profesionales de la educación. Una de las cuestiones más espinosas que han aparecido en los debates sobre las reformas que se han implantado, es el lugar secundario en que ha quedado la docencia de algunas ramas importantes de las humanidades como, por ejemplo, la filosofía o el latín. Decididamente se ha dado un giro que favorece, injusta y peligrosamente, la ciencia y la técnica. Ésta ha sido la queja que se ha escuchado más frecuentemente del lado de los que temen una reducción en la afluencia de alumnos y recursos econó-

¹ Este trabajo ha sido posible gracias a una beca de la Fundación Caja Madrid dentro del proyecto "El sujeto moral y político en las teorías contractualistas contemporáneas: John Rawls y David Gauthier". Se presentó como ponencia independiente en la VIII Semana de Ética y Filosofía Política que se celebró en Cuenca del 23 al 27 de Septiembre de 1997.

micos hacia disciplinas como la filosofía, la literatura, la historia, la filología o el arte.

Algunos nombres públicos dentro de estas áreas han intentado contraatacar este estado de cosas tan desequilibrado con el fin de dar un nuevo prestigio social a las maltratadas humanidades. Antonio Muñoz Molina, poco después de tomar posesión del sillón “u” de la Real Academia de la Lengua Española, declaró en un programa matinal de Radio Nacional de España que dejar de lado la enseñanza de las humanidades sólo sirve para “hacer” ciudadanos cada vez menos críticos. La comprensión y el dominio de la lengua en que se expresan los mensajes políticos y sociales más básicos e importantes, es fundamental para saber qué sesgo están tomando algunas de las cuestiones que nos afectan más directamente como individuos y como comunidad.

Además de estos argumentos de carácter político, Muñoz Molina insistió también en la enorme utilidad que cada individuo puede extraer del conocimiento oral y escrito de su lengua. Haciendo uso de argumentos que el Presidente de la Real Academia de la Lengua, Fernando Lázaro Carreter, lleva esgrimiendo desde hace años, Muñoz Molina puso de manifiesto que, por ejemplo, se pueden conseguir mejores puestos laborales si somos capaces de expresarnos correctamente en las entrevistas de trabajo. Igualmente, podemos ser más conscientes de las condiciones de un contrato financiero si somos capaces de entender qué se dice en cada una de sus cláusulas. El mensaje final era, pues, que si las ciencias y la técnica son útiles desde un punto de vista profesional, tanto más o igual de útiles son las humanidades.

El hecho de plantear el debate acerca de si debemos primar las ciencias sobre las humanidades en el ámbito de la utilidad, tiene perfecto sentido si se tiene en cuenta que los reponsables de las reformas educativas han enarbolado consideraciones utilitaristas para justificar sus objetivos. Estas consideraciones, unidas hábilmente al fantasma del desempleo, habrían bastado para acallar, sin posibilidad de contestación, toda crítica “humanista” a sus propósitos. Muchísimos responsables políticos creen que si la mayoría de los ciudadanos quieren conseguir un buen empleo en nuestra sociedad, deben poner el peso de balanza educativa del lado de la ciencia y la técnica. Seguramente no les falta razón.

Sin embargo, es posible que la defensa más interesante de las humanidades no venga del lado de su utilidad individual o social. Que son útiles puede defenderse fácilmente, creo yo, blandiendo argumentos como los de Lázaro Carreter o Muñoz Molina. Pero, en última instancia, lo que menos importa de las humanidades es su utilidad. No digo esto para que los amantes de las humanidades se instalen cómodamente en una torre de marfil elitista en la que los valores que rigen en el mundo contemporáneo no tienen cabida. Se trata más bien de plantear el problema acerca del valor educativo de las humanidades desde un punto de vista muy distinto al de la utilidad. Una forma posible de llevar a cabo esta tarea es sosteniendo que el cultivo y el progreso en el ámbito de las humanidades es un reflejo pálido, pero

importantísimo, del progreso que debemos realizar en la vida moral y, en general, en la vida humana. Si hay una actividad que pueda ayudarnos a comprender en qué consiste este progreso, entonces son las humanidades, pero no las ciencias ni la técnica, las únicas que pueden cumplir esta función. Me propongo argumentar esta tesis haciendo uso de las ideas filosóficas de la escritora y pensadora inglesa Iris Murdoch.

En un sentido importante, todos somos artistas y, en un sentido más importante aún, somos todos narradores de historias llenas de verosimilitud pero éticamente peligrosas. Somos artistas porque el yo siempre está favorablemente predispuesto a *crear* imágenes consoladoras que le hagan más soportable la vida y a sí mismo (1977b, 69). Creamos estas imágenes gracias al uso inconsciente, pero inexorable, de nuestra fantasía. Para Murdoch, la fantasía (*fantasy*) es aquella facultad activa que genera de una forma mecánica imágenes falsas, pequeñas y banales del ego como si fuera un ser todopoderoso, dueño de sí mismo, de sus preferencias y de sus elecciones (1992, 321). Así pues, la fantasía tiene como función última la de proteger el alma de todo lo que es doloroso e irritante para ella.

En el fondo de toda esta actividad creativa se encuentra el egoísmo casi insalvable del yo, su lentitud, su incapacidad de moverse hacia lo que no es él, hacia lo que es más grande que él y le trasciende, hacia lo que le obliga a no verse a sí mismo como el centro sobre el que giran la atención de los demás y las energías de la naturaleza. El egoísmo humano es, además, una máquina en el sentido de que siempre tiende a repetir los mismos patrones de conducta que permiten al sujeto seguir viviendo en un estado de ensoñación y seguir preocupándose de sí mismo.

Esta capacidad de creación se plasma finalmente en el habla. La forma en que nos contamos y contamos a los demás lo que hacemos y lo que somos -por cierto, unos de nuestros pasatiempos sociales favoritos-, es una tarea altamente imaginativa que está plagada de juicios de valor acerca de cómo percibimos el mundo. Dar expresión a estos juicios de valor es, en el fondo, dar expresión a una forma de estructurar el mundo que, en tanto que mediada por la fantasía, puede alejarnos definitivamente de la realidad (1992, 315). Así pues, la fantasía, el egoísmo y el habla funcionan al unísono para impedir que nuestra conciencia se parezca a un "cristal transparente a través del cual vemos el mundo" (1970, 78). Son, en definitiva, poderes extremadamente peligrosos desde un punto de vista ético porque oscurecen con un velo sutil, pero no menos efectivo, la enorme distancia que existe en el ser humano entre la presencia y la ausencia de realidad y de verdad.

En la obra filosófica de Iris Murdoch, cuanto más alejados estemos de la realidad tanto más alejados estaremos del bien, único fin al que nos debemos. El peligro más inminente para la vida moral consiste en creer que ya estamos en el punto final cuando apenas hemos comenzado la lenta andadura hasta la objetividad máxima que somos capaces de albergar, que es siempre limitada (1970, 64). Todo el misterio de la vida ética se reduce a la capacidad de ver la realidad tal y como es, sin interferencias artísticas con-

soladoras y automagnificadoras. Por consiguiente, la facultad ética por excelencia es una capacidad perceptiva y de atención. Iris Murdoch recoge de Simone Weil la metáfora de la vida moral como atención a la realidad y como percepción de lo que hay (1970, 34). Por atención, en este contexto moral, debemos entender la idea de que existe una forma justa, amorosa y sin deformaciones de ver la situación de los demás y la nuestra en relación con la de ellos. La marca característica de los sujetos morales, es decir, de las personas que no se estancan en sus propias fantasías y en su egoísmo es, precisamente, la capacidad de desarrollar esta mirada amorosa hacia los demás y hacia la realidad. De esta forma, el amor es la facultad por excelencia que nos relaciona con la realidad y que nos libera de las fantasías innatas del yo (1970, 66).

Iris Murdoch insiste una y mil veces a lo largo de su obra que esta actividad *erótica* y desinteresada que nos permite ir diluyendo poco a poco el velo de nuestro egoísmo para fijarnos en lo que no somos nosotros, puede ser fomentada por actividades que propicien la atención y la concentración hacia objetos que, de una u otra manera, nos rebasen por su grandeza, por su dificultad o por alguna otra excelencia.

Cabría distinguir varios objetos de este estilo. El primero es Dios. Aunque Iris Murdoch no cree que haya un Dios en el sentido teológico tradicional, en tanto que fin último de la vida humana, sin embargo considera que la idea de Dios ha tenido siempre un valor ético inestimable -un valor que se ha perdido en la sociedad contemporánea-, porque funciona como un objeto supremo de atención, es decir, como un objeto que obliga, sin concesiones de ningún tipo, a salir de uno mismo y a alejarse de los intereses que nos inundan con sus demandas incesantes. Dios era el *ens realissimum* al que había que intentar acercarse. Este acercamiento presuponía el alejamiento y abandono del ego. Precisamente, uno de los méritos de la religión ha sido, según Iris Murdoch, el de proporcionar las técnicas necesarias para conseguir que el sujeto lograra este acercamiento. La oración y la contemplación serían aquellos métodos cuya misión principal es la de dirigir gradualmente nuestra atención hacia la realidad suprema trascendente. Sólo así podíamos llegar ser moralmente mejores. No es de extrañar, pues, que se haya confundido la vida religiosa con la vida moral.

Tal es la importancia ética que otorga Iris Murdoch a la necesidad de conservar el sentido de estas técnicas religiosas en un sistema metafísico sin Dios, que considera la formulación de técnicas análogas a las religiosas como una de las tareas insustituibles de la filosofía moral. Uno de los problemas fundamentales de la filosofía moral es, por tanto, el de dilucidar si hay algunas “técnicas de purificación y de reorientación” de las tendencias egoístas y mecánicas del yo (1970, 54). Gracias a estas técnicas podríamos derrotar al yo insaciable. “En este sentido -dice Iris Murdoch- la filosofía moral ha compartido algunos fines con la religión” (1970, 52).

Ciertamente, Iris Murdoch no es muy optimista a la hora de evaluar positivamente nuestra capacidad de victoria frente al yo. Sin embargo, ella

misma sugiere la posibilidad de encontrar un sustituto a la oración y la contemplación en ciertas actividades intelectuales, aunque no sea un sustituto muy poderoso porque su objeto, por así decir, posee menor realidad. El estudio detenido de una ciencia o de una lengua, por ejemplo, es también una técnica que nos obliga a concentrarnos en objetos que demandan toda nuestra atención y nos instan a dejar momentáneamente de lado la actividad incesante de la fantasía. En este sentido, Murdoch se alía con Platón al hacer de las disciplinas intelectuales instrumentos puestos al servicio de la superación moral.

Creo que hay un camino del intelecto, un sentido en el que las disciplinas intelectuales son disciplinas morales «porque requieren» justicia, exactitud, veracidad, realismo, humildad ... (1970, 89)

Sin embargo, a pesar de que Iris Murdoch ve en la religión y en las disciplinas intelectuales contextos que permiten establecer paralelismos iluminadores con el esfuerzo de visión de la realidad que requiere la vida moral, es en el arte en donde cabe encontrar los puntos de contacto más interesantes entre la moral y otras manifestaciones de la vida del espíritu.

Lo primero que hay que señalar, es que Iris Murdoch concede un valor ambiguo al arte y a las formas de vida que, aunque múltiples, son necesarias para lograr productos artísticos de valor. Por una parte, Murdoch, al igual que Platón, teme la función consoladora del arte y su capacidad para desvirtuar la realidad (1977b, 88). En este contexto, dice que el “arte representa el ejemplo más vasto de la casi irresistible tendencia humana a buscar consolación en la fantasía” (1970, 64). Por otra parte, defiende que el buen arte nos puede revelar muchos aspectos de la realidad que, sin su mediación, nos pasarían desapercibidos.

Con todo, el arte tiene un valor de consolación y, por tanto, una capacidad de deformación del mundo puesta al servicio de nuestro alivio, que va más allá de estos temores iniciales. El arte entra en la escena del mundo contemporáneo para “mediar, adornar y desarrollar estructuras mágicas que oculten la ausencia de Dios o su distancia” (1977b, 88). Este papel, como se puede suponer, es inevitable en el contexto de un sistema metafísico en el que se concede un gran valor a la función que ha cumplido la idea de Dios, pero en el que se asume y defiende su pérdida inevitable.

La apoteosis de este valor de consolación del arte para la vida humana se encuentra en el mal arte. El mal arte es aquella clase de arte que es más afín con las tendencias mecánicas autoprotectoras y deformadoras de la realidad de nuestra alma. El mal arte es mentira y solamente invita a vivir en la mentira, aunque también tenga un lado positivo porque siempre podemos aprender algo de él. El poder disfrutar a veces del mal arte, en cualquiera de sus facetas, puede ponernos en contacto con algunos hechos que, de otra manera, jamás habrían requerido nuestra atención (1992, 94).

Como he señalado, a pesar de los reparos de principio que pone Iris Murdoch al arte como instrumento de consolación y, en el fondo, como fetichismo, también es cierto que no comparte hasta el final la valoración negativa que Platón hizo recaer sobre él. No cabe duda de que muy pocas artistas llegan a alcanzar una visión de la realidad adecuada -lo que no quiere decir que Iris Murdoch comparta una concepción del arte como imitación-, pero también es cierto que los buenos artistas logran, respecto de su arte, "silenciar y expulsar al yo", lo que les permite "contemplar y delinear la naturaleza con un ojo claro" (1970, 64). Este ejercicio de renuncia es un requisito indispensable para lograr la excelencia en el arte. También en el buen arte, como en la moral, tiene que haber un progreso, un perfeccionamiento y una profundización que vaya desde las fantasías del yo hasta la objetividad. No es fácil, por tanto, ser un buen artista como tampoco es fácil ser una buena persona. En ambos casos se requiere disciplina para silenciar toda imagen perturbadora de la realidad. Sin esta disciplina no hay posibilidad de alcanzar la excelencia ni en el arte ni en la moral.

El principal enemigo de la excelencia en la moralidad -y también en el arte- es la fantasía personal: el tejido de deseos y sueños autoengrandecedores y consoladores que nos impiden ver lo que está ahí, fuera de nosotros Esto no es fácil y requiere, tanto en el arte como en la moral,

una disciplina. Podría decirse aquí que el arte es una analogía excelente de la moral. En verdad, el arte es, a este respecto, un ejemplo de la moral. Dejamos de existir para atender a la existencia de algo más; un objeto natural, una persona necesitada. (1970, 64).

Después de expresar estas ideas no es de extrañar que Iris Murdoch concluya que "el gran artista es, respecto de su obra, una persona buena y, en el sentido verdadero, una persona libre" (Ibíd, 64).

Si el gran artista logra su objetivo -algo que ni él mismo puede asegurar en todas sus creaciones-, entonces la obra de arte será uno de los objetos más importantes en los que encontrar una revelación de la realidad y, por lo tanto, uno de aquellos objetos que demandan nuestra atención desinteresada y ponen a prueba nuestra capacidad de percibir la realidad. Las grandes obras de arte son objetos excelentes para cuya comprensión y disfrute somos requeridos a salir de nosotros mediante el entrenamiento y la disciplina.

El consumidor del arte tiene una tarea análoga a su productor: ser lo suficientemente disciplinado como para ver tanta realidad en la obra como el artista ha logrado poner en ella, y "para no usarla como magia". (1970, 64).

En verdad, Iris Murdoch considera que el mérito de la psicología moral que propone es que no establece ninguna línea divisoria entre el arte y la moral. El arte y la moral son, en el fondo, "dos aspectos de una misma lu-

cha" (1970, 41). Por consiguiente, si la virtud es identificada con la meta a la que debe tender el esfuerzo de superación de toda existencia autopreocupada y ensimismada, la virtud será la meta tanto de la vida moral como de la vida artística. Ambas formas de vida, para usar una de las metáforas platónicas elegidas por Iris Murdoch, "inspiran amor en la parte más elevada de nuestra alma" (1970, 85). Este amor no es otro que el amor por la realidad.

Con todo, podría pensarse que las ciencias también comparten con el arte y la moral la aspiración a tener una visión objetiva del mundo. Es más, la ciencia conseguiría este fin de una forma que dejaría muy atrás al arte. La filosofía de Iris Murdoch, sin embargo, permite encontrar una salida a esta objeción. Para ello hay que bucear de nuevo en su psicología moral.

Además de por su egoísmo de partida, los seres humanos se caracterizan también por su oscuridad, por su opacidad para comprenderse y comprender a los demás. El individuo no es transparente. En realidad, es un ser impenetrable si no se esfuerza en dejar de ser un "yo" para convertirse en un impersonal "ello", identificado con la totalidad y lo absoluto. Esta oscuridad del alma humana es simplemente una expresión de su infinita complicación y ambigüedad. El alma humana es enigmática de una forma en la que nunca lo serán los conceptos matemáticos que constituyen la base de las ciencias naturales (1970, 91). Precisamente, el esfuerzo de objetividad del gran artista, permitiría desvelar esta oscura realidad que somos, algo que no puede hacer el científico con sus métodos. El arte y, sobre todo, la literatura, ocupan un lugar privilegiado dentro de la educación de los individuos, porque su lenguaje nos permite multiplicar y hacer uso de los conceptos en virtud de los cuales podemos "retratar la sustancia de nuestro ser" (1977a, 23). Además, Iris Murdoch considera que sin la capacidad de expresión que viene de la mano con el uso de estos conceptos, es muy difícil el progreso moral. "Es a través de un enriquecimiento y profundización de nuestros conceptos como tiene lugar el progreso moral" (1977a, 23). Si la moralidad está íntimamente asociada a la capacidad de atención y percepción del mundo, entonces el enriquecimiento de nuestro lenguaje es fundamental para dar cuenta de la realidad tanto en nosotros como en los demás. Sin el enriquecimiento de nuestro lenguaje moral no hay posibilidad de desarrollarnos como agentes morales. Como agentes morales queremos ver y describir claramente el mundo y responder a él de una forma justa. En eso consiste también la virtud.

Es en este contexto en donde entra en juego el papel de la literatura.

A través de la literatura podemos redescubrir un sentido de la densidad de nuestras vidas. La literatura puede armarnos contra la consolación y la fantasía. (1977a, 23).

La insustituibilidad de la literatura para la vida humana radica en el hecho de que la lectura de una gran novela pone en juego y desafía todo

nuestro conocimiento y experiencia de la vida. El resultado de la lectura no es simplemente estético, sino “cognitivo y moral en el más alto grado” (1992, 97). Es por este motivo por el que la literatura y el arte es mucho más que un adorno superfluo de la vida. Si la especialización académica y científica conduce a la renuncia del arte y la literatura -sobre todo en los planes de enseñanza que afectan a los estudiantes adolescentes-, será más por ignorancia que por tener buenas razones.

El aspecto más esencial y fundamental de la cultura es el estudio de la literatura, dado que ese estudio es la educación en cómo dibujar y entender las situaciones humanas. (1970, 34).

Es al final de estas reflexiones cuando llegamos a entender por qué el arte (el buen arte), y, en general, “las humanidades”, se desvirtúan cuando se quiere reivindicarlos por su utilidad con relación a otros contextos intelectuales. Más que de reivindicar su utilidad, se trata de mostrar que el arte, su creación y también su disfrute real y desinteresado, puede llegar a ser un ejercicio de humanidad. Según estas ideas, Iris Murdoch no puede extraer más que la siguiente conclusión:

El arte no es, por tanto, una diversión ni un asunto colateral, sino la más educacional de todas las actividades humanas y un lugar en el que se puede ver la naturaleza de la moralidad. (1970, 88).

Sólo en una cultura en la que los vínculos entre el arte y la moral están languideciendo, es posible sentarse en una mesa de negociación con tecnócratas para discutir el lugar del arte y, por extensión, de las humanidades, en la educación de los individuos. Si, además, el resultado de esta negociación es un educado apartamiento de las humanidades de muchos *curricula* académicos, no podremos extrañarnos de que vivamos progresivamente con esquemas conceptuales cada vez más simples y empobrecedores.

Bibliografía

- Murdoch, I. (1970). *The Sovereignty of Good*. Londres: Rotledge and Kegan Paul.
- (1977a). “Against Dryness: A Polemical Sketch.” *The Novel Today. Contemporary Writers on Modern Fiction*. (Ed.) Malcolm Bradbury. Londres: Fontana Press: 15-24.
 - (1977b). *The Fire and the Sun. Why Plato Banished the Artists*. Oxford: Oxford University Press.
 - (1986). “Ethics and Imagination.” *The Irish Theological Quarterly* 52: 81-85.
 - (1992). *Metaphysics as a Guide to Morals*. Londres: Penguin.